

Entrega 1ª



Nos detenemos, correteamos, vamos adelante o hacia atrás...

El viaje...

Algunas veces, mi madre nos mandaba al pueblo de su madre. La madre de mi madre era mi abuela.

Todo era así de sencillo. Tan sencillo, como la acogida que nos hacían los gallos con sus quiquiriqués desperdigados y a caballo del viento..., como ecos lejanos. Volatineros de gracia, con alegría cercana y querida.

Caminábamos sordos a otra estridencia.

La senda corría entre rumores de lagartijas y saltos de gorriones.

La senda, que era un atajo, nunca dejó de ser nuestro camino de siempre.

Ahora, en estos tiempos más modernos, la carretera discurre por sitios más placenteros y fáciles. No tiene preocupación de curvas ni de alargamientos y, es que, como los vehículos con sus estruendos y pitidos corren más, no les importa prolongar las distancias.

Pero nosotros vamos siempre por el camino más corto, por la senda...

...y andamos.

Pasear, ir de paseo, no está escrito en el diccionario de nuestros pies infantiles.

Nos detenemos, correteamos, vamos adelante o hacia atrás... porque la senda se convierte en camino, y el camino en senda..., porque andar lentamente y sin urgencia para dejarnos ver y contemplar por los otros, para parlotear con tranquilidad y al ritmo detenido de pasear, no es importante a la consideración de los niños...

El niño es un río. La corriente de guijarro en guijarro brinca y rastrea, murmura y susurra... El agua no pasea... quien quiera la puede mirar y verse reflejado en su

constante pasar, pasar y pasar... Porque el agua del río, digo, es como un niño que ahora está aquí, y enseguida allí, y rápidamente más allá... para de nuevo... evaporarse, correr en su fantasía por los cielos, caer en gotas de lluvia y vuelta a ir de guijarro en guijarro... Por eso son redondos, de tanto como los besuquea el agua...

Caminamos. Vamos hacia adelante sin preocupación de urgencias, a ritmo de avanzar, de transitar correteando, de llegar a casa de la abuela.

Arrancamos una lleta de trigo o de cualquier otro cereal sin madurar, sacamos la caña que aún no ha cuajado en su nudo y cortamos un trozo con cuidado ¡con sumo cuidado! Apenas cinco centímetros de paja verde y tierna, endeble y frágil. La parte más suave que aún no ha fraguado ni unido, con el dedo estirado la comprimimos contra la frente, como en un signar, y ese extremo, el más débil, se rompe en dos lengüetas.

Volvemos a caminar, soplando en ella para arrancarle, en su vibrar, el sonido de una flauta silvestre y la embadurnamos en nuestra fantasía con el sonsonete de la canción inexplicable y utópica la niñez.

Cuando, las cañas de mieses, convertidas en instrumentos musicales, dejaban de sonar y perdían el dulzor de su terneza, el quiquiriquí de algún gallo daba continuidad a nuestra llegada y determinaba el fin del camino.

El pueblo de la madre de mi madre era el pueblo de mi abuela.

Las cosas sencillas son así de fáciles.

Ya habíamos llegado.



El pueblo de la madre de mi madre era el pueblo de mi abuela.